

Identidades y relación con el territorio
EMIGRAR PARA PRESERVAR LA IDENTIDAD
Necesidad de una re-ubicación

Patrice GOUY*

No es sino al cabo de un largo proceso de crítica y de revisión histórica, correspondiente a profundos cambios sociales, que, en nuestro siglo y en Occidente, la historia social y económica regional y local, la historia de la vida cotidiana y la historia de las mentalidades, cobra un rango de primera magnitud frente no sólo a las grandes visiones históricas y a la historia "positivista" sino frente también a las historias oficiales nacionales y de los hechos y gestas de los grandes poderes.

Estas últimas, generalmente confusas, obligaban a una distorsión geográfica uniformadora de los espacios que cubría el dominio señorial o el poder central, y eran historias siempre escritas desde el centro o desde las capitales. Desde el punto de vista del poder central, poco importaba la reacción local de los individuos, en la medida en que sólo los grandes cambios de conjunto de la economía y de la política modificaban la entidad del territorio.

En Francia, la escuela de los *Annales* cumplió un papel de singular importancia en este proceso de revisión y de traslado del punto de vista histórico. Los trabajos de esta escuela impusieron la necesidad de estudiar en conjunto los particularismos locales, rompiendo las historias-cuadro anteriores, así como también la historia fraccionada.

En la nueva historia local, es una historia completamente distinta la que se perfila: la de las poblaciones; y en ella se hace presente como una constante, la historia de los individuos y sus comunidades tratando de lograr un reconocimiento y obtener una representatividad frente a un centro que los ignora.

Necesidad de una reubicación

Intentamos acercarnos a la comprensión de un fenómeno migratorio: la emigración de los habitantes del valle de Barcelonnette, fronterizo con Saboya, Piamonte y Provenza, a México, tratando de descubrir las características de los valles montañoses.

Fue una investigación metódica de los elementos constitutivos de las sociedades montañosas lo que nos llevó a considerar el territorio como elemento central explicativo.

Valles entre montañas, aldeas comerciantes, poblaciones trashumantes...: habida cuenta de las disparidades alentadas por un poder real que no vacilaba en favorecer a unos en detrimento de los demás, no podemos decir si tal o cual valle es diferente de los otros; pero, un estudio de las mentalidades ligadas al terruño podría permitirnos descubrir los particularismos de cada uno.

El caso del valle de Barcelonnette es ejemplar. Nos podría servir de base de reflexión sobre lo imaginario y la utopía que alentaban infaliblemente las poblaciones en esos valles, islas entre montañas.

Los pueblos surgen en los siglos XII, XIII y XIV, con la distribución de los baldíos y el arraigo de la gente en un lugar fijo. Reconociendo su situación marginal, adoptan un nombre y a menudo se hacen vasallos de un señor. En otros casos, se constituyen como pequeños enclaves libres o bajo señoríos endebles.

Esas islas entre montañas, esas ciudades libres, tienen desde su nacimiento una identidad o, al menos, están ya constituidas por comunidades reunidas apretadamente. Su reunión apretada se explica por la tierra arable y las tareas del cultivo, por la protección frente a los bandidos, y también por el comercio.

Esas comunidades establecieron rápidamente estructuras jerárquicas, a veces muy igualitarias, con el fin de mantener su cohesión y limitar su ámbito, para organizar la ciudad y conservar su identidad. La noción de un territorio propio se vincula a la de una identidad propia, y, hasta podríamos decir, a la una identidad colectiva histórica, porque el tiempo vivido en un suelo, por más ingrato que éste sea, va reforzando la pertenencia del grupo a los vínculos de la comunidad y a los vínculos de ésta con el propio lugar que es su territorio.

Por su situación fronteriza con varios Estados, denominaremos la situación geográfica del valle de Barcelonnette empleando el término francés de "*marche*" o "*marca*", en español.

La "*marca*" es un espacio vecino transfronterizo. Es el término empleado por el centro, por los que no están comprometidos con el lugar como para sentirlo algo propio. Cuando París piensa en Barcelonnette, la ve como "*marche*", simple población avanzada, como ruptura, frontera geográfica. Ahora bien, el sentido de una frontera lo da su calidad de línea divisoria: cauce de un río, cresta montañosa, cima. El que denomina es el que interpela. El habitante del lugar no vive en una "*marche*", en una ruptura, porque para él la ruptura es la montaña en su cumbre, en los 2.000 o 3.000 metros sobre su cabeza: él vive enclavado en el fondo del valle, y éste es su territorio.

A esta noción de "*marche*", añadamos la de *margen*. Margen, desde luego, en relación con ese poder central que juega fácilmente con ese pedazo de territorio: es el margen de maniobra. El margen es lo que se puede perder para salvaguardar la integridad del país. No es un azar que el valle de Barcelonnette haya cambiado más de diecisiete veces de soberanía en menos de tres siglos, siendo unas veces de Saboya, otras, de Provenza, y, otras, de Francia.

Es así como la "*marche*", el margen se convierte en una

* Auteur de *Pérégrinations des "Barcelonnettes" au Mexique*, "L'Empreinte du Temps", Presses Universitaires de Grenoble, 1980.

zona de amortiguamiento: el exterior no domina su comportamiento. Este desconocimiento se hace manifiesto también en la oposición ciudad/bosque: frente al mundo urbano, el bosque conserva por mucho tiempo su prestigio (en el siglo XVI, los jansenistas de Port-Royal se aislarán en las soledades boscosas del valle de Chevreuse). El bosque es un coto de caza, pero que se comparte con los ermitaños y los hombres del bosque: los carboneros, los recolectores de miel y de frutas silvestres, los criadores de cerdos, ... todo un mundo, a decir verdad, que se instala ahí sobre todo para marginarse, para comportarse como ser de la naturaleza, para huir del mundo, de la cultura, en todos los sentidos de la palabra. El *roman courtois*, el *Perceval* de Chrétien de Troyes, nos habla de la "gaste foret".

El bosque es también el lugar secreto donde se divierten ninfas y faunos. Es lo "aparte" "no-gobernable", que no se puede dominar porque no se conoce su resistencia.

Con estas imágenes y referencias, podemos decir que valles como éstos son socialmente libres, por haber pertenecido a demasiados soberanos diferentes como para poder pertenecer verdaderamente a uno sólo. En el transcurso de los siglos forjaron sus propias reglas, su propia historia. Y esto acarrea las siguientes paradojas: en esos valles, tan aislados del mundo, hay dos historias en un mismo lugar: la que se sitúa en los pasos (que un poder central defiende, pierde o gana), y la que se sitúa en el fondo del valle, la historia de los que lo habitan.

"En 1669, Luis XIV accedió a estudiar las quejas de los "Barcelonnettes", que pedían, luego del Tratado de Utrecht, la anexión de su valle a Provenza; además el rey estaba influido por una nota anónima que le aconsejaba que, en interés de todos, lo mejor era dejar el valle de Barcelonnette en una clara neutralidad... aun si el rey era el dueño, no le produciría con seguridad lo necesario para el mantenimiento de las tropas requeridas para su control, y además sus habitantes no estarían en condiciones de sostener su comercio, ya que en Piamonte (Italia) se les consideraría como franceses y no en un concepto de pura neutralidad..."

Este ejemplo recalca un particularismo local: aquellas sociedades aisladas, de las montañas, tuvieron necesidad, para existir, para asegurar su perennidad, de reubicarse en relación con lo demás que figura como periférico. Las querellas que ello generaba no tenían para los extraños mayor significación o importancia, como lo expresa la locución popular: "querellas de campanarios". Podemos formular la hipótesis siguiente: a falta de situarse en una historia central, un conjunto de individuos buscan, para la supervivencia de su comunidad, un nuevo centro. El delirio imaginativo, resultado del hecho de no tener lugar en una gran historia, sintiéndose ellos tan importantes como se sienten, impulsa al grupo a *falsificar la historia*, ubicándose en una historia propia en la cual su rincón es el centro. Esta historia los estimula a sostenerse, convenciéndolos de la necesidad de existir en su "ser único", en su identidad propia.

Ese delirio imaginativo, estudiado a lo largo de un período extenso, pone de manifiesto cómo una comunidad se hace, si no diferente a las demás, al menos singular. Y si

por varios siglos ésta logra mantenerse gracias a su afirmación egocentrista, es también porque en las modificaciones de su entorno no se da nada que la afecte lo suficiente como para modificarla a ella misma. Cuando este medio se modifica verdaderamente, brutalmente (lo moderno), el grupo empuja a su comunidad hacia las ciudades industrializadas (éxodo rural tradicional) o, al contrario, se juega su última carta: la utopía. Del delirio imaginativo se pasa al delirio paranoico: la sobreestimación del yo comunitario, con la desconfianza por lo moderno, símbolo de la muerte de la propia identidad, los lleva a rechazar el modernismo, percibido como persecución (intencionalmente destructor); a un juicio erróneo respecto del progreso (de ahí la necesidad de volver a crear en otro lugar las condiciones para la recreación de la comunidad perdida - nuestra hipótesis: emigrar para preservar la propia identidad -); y a unirse, para poder vivir en una sola comunidad.

De este modo, el valle de Barcelonnette produjo estructuras impermeables que permitieron al grupo no desaparecer. Estas pequeñas sociedades lograron evitar su desaparición. Se negaban a desaparecer en nombre de una identidad que forjaron firmemente. Convenciéndose ellas mismas de que la tierra ingrata, insuficiente para alimentarlas, es, a pesar de todo la garantía de la continuidad. Lo notable es la capacidad de estos campesinos montañeses para estructurar su comunidad involucrando a todos en el proyecto. Ello produce un tipo de sociedad igualitaria anticipada; Barcelonnette es una ciudad libre desde el siglo XIII, con sus propias reglas de justicia y una administración liberal, y donde la mujer es considerada igual al hombre. Se da una capacidad colectiva que elige, que capta lo nuevo que circula, y lo transforma modificándolo. El comercio ambulante, por ejemplo, debe analizarse como una dialéctica: en su nivel económico, es la necesidad que tienen los hombres de ausentarse durante el invierno, a causa de la falta de alimentos (que también es un "primer ensayo" del viaje, de la partida), y en contrapartida, es el saber que redunde de ese viajar, y que se instala en la sociedad. El poder deja de pertenecer al que viaja y que, de vuelta al terruño, monopolizaría la información: adelantemos otra hipótesis: la apertura de numerosos colegios, ¿no habría ocurrido precisamente para evitar que algún líder pudiera modificar las fuerzas de la comunidad a favor suyo?

En el caso que estudiamos, ¿cabría pensar que existió una conciencia colectiva consolidada en el transcurso de los siglos, con estructuras de base capaces de hacer suyo, asimilándolo, todo lo que hubiera podido reducirla desde fuera a un simple valle? En los inicios de la modernidad, una ruptura en el orden del tiempo impulsa a los campos y a los montes hacia las ciudades: éxodo rural tradicional, las sociedades tradicionales vueltas sobre sí mismas no resisten al llamado del mundo industrial. Es, tal vez, en el instante mismo de ese transtorno estructural donde cabe encontrar la clave de su particularismo.

En Barcelonnette, el grupo de los trashumantes y el de los sedentarios tenían un saber que permitiría la aceleración de ese proceso, y que, por lo tanto, podía amenazar la identidad de la pertenencia al valle (conocimiento académico

como ensayo ficticio del viaje). Pero las estructuras comunitarias, forjadas a lo largo de mucho tiempo, no podían desvanecerse: la persistencia y la estabilidad del marco de vida eran tales que no podían sufrir un cambio fundamental.

La utopía del viaje: "partir para poder quedarse..."

La fuerza de la Modernidad, el cambio de modo de producción, permitieron una modificación de la estructura agraria en el monte.

En el movimiento migratorio regional la mayoría de las sociedades campesinas quedaron dispersadas. El modernismo despertaba a la historia, modificaba la relación con el poder central. Este último, si bien no se descentralizaba, permitía sin embargo que el conjunto de los individuos participaran en su proyecto. Ya no es el rey, la nobleza ni el clero los que harán la historia, sino las fábricas y sus dueños, así como también sus trabajadores.

El conjunto de las sociedades no estructuradas por falta de arraigo en un suelo, se proyectará desordenadamente hacia el nuevo ideal. Excluidos en el antiguo proceso, podrán ahora creer en la posibilidad individual o "fourierista" de una felicidad en la modernidad, rompiendo el modelo arcaico.

¿No es ésta acaso una de las principales razones por las que la gran masa de las poblaciones campesinas o montañas se sintió empujada al éxodo rural ?

Nuestros habitantes de Barcelonnette, por arraigados que estuviesen a su suelo, arriesgaban, igual que los demás, el no poder superar la oposición arcaísmo/modernidad, monte/lano, sendero/carretera, comercio ambulante/almacén... Y ya que toda sociedad funciona en oposición con el exterior (re-ubicación), ¿habrá resentido Barcelonnette la imposibilidad de superar esta competición? ¿habrá entendido intuitivamente que la desaparición de la comunidad la borraría para siempre? Nuestra hipótesis es: instalándose en México, es decir muy, muy lejos, los habitantes de Barcelonnette salvaguardaban su identidad, negando una vez la historia.

Entre 1820 y 1850, esta población asiste a la partida y luego al regreso colmado de éxito de los pioneros exploradores que habían ido a México. Podemos decir que la población tiene las imágenes mexicanas de esta experiencia; detentan, con estos primeros regresos triunfantes, un resumen del conocimiento ganado por los que fueron. Y hay que suponer que este período de ruptura que es la modernidad, obliga a estas sociedades arcaicas a buscar en el fondo del inconsciente colectivo del grupo los elementos susceptibles de proyectarlas hasta la ciudad o, por el contrario, aprovechables para rechazar su desterritorialización. En Barcelonnette, el inconsciente colectivo busca las imágenes mexicanas, y cristaliza el conjunto de esas imágenes estáticas de cada uno dentro de un imaginario colectivo que viene a ser el hilo conductor de la comunidad en busca de la salida.

La imagen más cercana al conjunto de imágenes percibidas individualmente es la que habrá de permitir la apropiación colectiva de todas las ideas. Esta cristalización de las ideas autorregula al grupo, proponiéndole un guía, un carril, hacia una misma meta. La pregunta que de allí surge es: ¿tiene una sociedad estructurada otra alternativa de reacción

frente a la modernidad diferente a proyectarse hacia la industria, hacia la ciudad, puesto que la única posibilidad es seguir el tiempo presente: atractivo de la visión imaginativa estática de la modernidad?

Visión imaginativa de la modernidad

Debemos hablar de la carretera, primer elemento de la modernidad. No es necesario definirla a partir de un caso particular: cada sociedad tiene su concepto propio de ella (distancia de un punto a otro; puente suspendido entre dos lugares; viajes; esfuerzo; etc.).

Al concepto de carretera se oponen las imágenes producidas por las sociedades arcaicas. Por la imagen percibida, la carretera obliga a pensar en un destino: en este sentido podemos decir que la carretera es un primer elemento de la modernidad, ya que proyecta hacia un nuevo ideal. Por lo tanto, sí, ella rompe el viejo esquema arcaico.

En sociedades más estructuradas, las imágenes dominantes no son imprescindiblemente las que se refieren a este cambio. En Barcelonnette, las imágenes de México se cristalizan en una imaginación que penetra dentro las conciencias, actuando sobre los sentimientos más secretos (¿identidad?). La función imaginativa era entonces un mundo sin realidad (experimentación mental), pero muy concreto (dentro de lo posible), que lleva a los habitantes de este lugar a concebir una nueva ciudad, calcada sobre el viejo esquema de organización de su ciudad histórica. Y la sociedad utópica de los habitantes de Barcelonnette en México deja de ser una visión imaginativa para volverse realidad. La carretera que abre el valle es una carretera estratégica que vincula el valle con los pasos fronterizos de Italia: inscribe a Barcelonnette dentro de las normas de la modernidad. Pero la población de este valle es de los "Alpes Bajos", mientras que la carretera servía a los "Alpes Altos". La carretera nueva tuvo pues un valor más simbólico que real: sustituyó los pasos que habían sido las primeras aberturas simbólicas, y que permitían a los habitantes de Barcelonnette imaginarse el allende los montes. Lo mismo ocurre con el ferrocarril: la llegada de los rieles a Barcelonnette bastó para que ella se asemejara a todas las demás subprefecturas y se acercara así a la normalidad. Pero la ausencia de una estación, la ausencia de un tren, permitieron que su población siguiera sintiéndose diferente. (Barcelonnette es la única subprefectura francesa que nunca tuvo un tren... Los rieles llegan hasta el valle, pero el proyecto nunca se terminó). Podemos pensar que, lo mismo que la carretera, el ferrocarril tuvo para Barcelonnette una función puramente simbólica. Como sea, ya la comunidad contaba con otros horizontes, contentándose con el proyecto ferroviario inacabado y con la carretera que no le interesaba. Porque los pasos montañeses permitían el viaje imaginario, pero sólo incitaban a un recorrido sin consecuencias, ya que la propia existencia sólo radicaba en los propios espíritus. Y la carretera construida en el siglo XIX, recientemente, sólo llevaba a la ciudad industrial y al individualismo, o sea a todo lo que se oponía al alma de los pobladores de Barcelonnette. En suma, la historia había diseñado la comunidad en términos que no podían sino favorecer la emigración a México.

Emigrar para preservar la identidad: un particularismo

Ya instalada en México, la colonia de Barcelonnette se estructura según el mismo viejo esquema de la comunidad original (igualitarismo, jerarquía, solidaridad, etc.). Viene a ser la principal colonia francesa de México: cuenta, en 1910, con más de 4.000 miembros.

El éxito económico es ejemplar. Los de Barcelonnette están a la cabeza de un imperio textil, son propietarios o accionistas de las empresas mexicanas más importantes de inicios del siglo (algodón, tabaco, cervecería, alimentación, construcción, dinamita, etc.), y hasta financiadores del gobierno mexicano, que les confía la fabricación de la moneda mexicana.

La voluntad de mantener una identidad ligada a su suelo, y el espeluznante éxito de una "empresa capitalista colectiva", único en su género, permiten explicar lo que hace de esta población de Barcelonnette algo singular, si no diferente de todo.

Los primeros emigrantes que se instalaron en México crearon un código, un reglamento, que facilitó el proceso de la emigración. La segunda ola en llegar, que supo desarrollar el comercio de menudeo, creó numerosos negocios que permitieron, a su vez, un ciclo de oleadas de jóvenes del valle. Las primeras estructuras de recibimiento, cuyas funciones principales eran evitar la dispersión de los recién llegados, eran liberales. Les sucedieron estructuras más autoritarias, cuando la comunidad empezó su industrialización. A pesar de los cambios, la referencia al valle de Barcelonnette persistía. Referencia obligatoria, que se sumaba un poco al autoritarismo en vigor.

La imagen de México que recibía el nuevo inmigrante se limitaba a lo que la colonia dejaba que éste percibiera.

Transfiriendo el aislamiento que le era propio antes del viaje, la comunidad supo canalizar la angustia de sus miembros. Así manipulado, el joven inmigrante no podía intentar una "escapada" individual, hasta tal punto se le convencía de que su destino estaba ligado al destino colectivo de la comunidad. Las "prótesis" colocadas en el proceso de integración sirvieron de límites psicológicos. Al tener la posibilidad de ubicarse, de identificarse, el inmigrante se veía llevado a resolver su angustia dentro del marco mismo de la colonia. Los que se hubieran desviado, es decir los que no hubieran respetado la regla barcelonnette (especialmente en los negocios) y no hubieran querido depender de la colonia, hubieran sido castigados. La expresión de ello habría equivalido a una expulsión del valle: no se presentó, por lo mismo, ningún caso semejante, pero el reglamento lo prevenía.

La identificación obligatoria con este *valle* implicaba que fuera de la colonia no podía haber salvación ni éxito. La misma repercusión del principio probaba, y prueba, que no se trataba de una simple ideología. La eficiencia del principio se explica en un proceso más complejo: la reproducción del *valle*, en sus diferentes dimensiones, en el suelo mexicano. Esta reproducción permanente hubo de controlarse luego, y fue utilizada por quienes, en el desarrollo industrial de la colonia, se impusieron como élite. Y cuando el desarrollo de la competencia norteamericana amenazó a esta élite en

su base de sustentación, la élite, a su vez, hubo de refugiarse en su tierra original de sustitución que era la comunidad. Finalmente, y a pesar de las diversas facilidades coyunturales de las que se beneficiaron las empresas de Barcelonnette, los responsables de la comunidad se fueron hundiendo en unas instituciones y en una ideología que ya no dominaban.

Este encierro en las estructuras de la colonia fue una de las principales causas de la decadencia de ésta. Impedía, en efecto, la adaptación de quienes venían de Barcelonnette a este nuevo orden económico que se estaba instaurando en México. El marco de referencia - *la identificación con el valle* - era demasiado estrecho como para no llevar a la colonia a su desagregación: trampolín, para una comunidad campesina ansiosa de preservar su identidad, la colonia, así como reprodujo el valle, se convirtió en la barrera que los habitantes de Barcelonnette no pudieron o no quisieron superar.

El fracaso final de esta migración se explica por el hecho de que *la lógica de identidad* era más fuerte que *la lógica de la ganancia*. La meta de Barcelonnette no era hacer fortuna sino adquirir una nueva identidad: la de ser *mexicana*, es decir el intento de experiencia transoceánica, para hacer prevalecer y guardar para sí mismos la identidad primera: la de ser "*barcelonnette*".